RAMÓN ZORRILLA

Reflexiones sobre un sismo y un antigua homilía

La ciudad

A MEDIADOS DEL siglo XVI, Cervantes de Salazar —catedrático de la recién nacida Real y Pontificia Universidad— describe así a la ciudad:

Está la ciudad toda asentada en un lugar plano y amplísimo, sin que nada la oculte a la vista por ningún lado. Los soberbios y elevados edificios de los españoles, que ocupan una gran parte del terreno y se ennoblecen con altísimas torres y excelsos templos, están por todas partes ceñidos y rodeados de las casas de los indios, humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios, entre los que también sobresalen iglesias de tan magnífica construcción como las otras. Y es tanta la amplitud del terreno que ocupan las habitaciones de españoles e indios, que no es asequible cercarle con muros...¹

Cervantes de Salazar contempla a la ciudad de México desde Chapultepec. Es el año de 1554 y han transcurrido apenas tres décadas desde la caída de la gran Tenochtitlán y la erección de la nueva capital del nuevo reino. Describe también los montes —“lomas”— que la rodean y que distan por todas partes “no menos de diez leguas” de la población. En esos feraces campos de regadío es “donde tienen asiento las ciudades de los indios, como Tetzcoco, Tlacopan, Tepeaquilla, Azcapotzalco, Coyoacan, Ixtapalapan y otras muchas cuyos son esos albeantes templos que miran hacia México”.²

A cuatrocientos y treinta y un años de distancia, el profesor de

¹ Francisco Cervantes de Salazar, *México 1554* (versión del latín, de Joaquín García Izcabalceta), México, 1939.

² *Ibid.*, p. 139.

retórica se hubiese asombrado de que lo que llamaba *microcosmos* se hubiese agigantado de tal manera, que las diez leguas —amén de la laguna que embellecía el paisaje al este y al sudeste— fueron pocas para contener a la ciudad que comenzó a subir aquellas lomas, para convertirse en la más extensa y poblada de la tierra.

Conservó, acrecentadas, también, las diferencias entre chozas y palacios, ahora en forma de condominios de lujo frente a ruinosas vecindades.

Esta es la ciudad que el 19 de septiembre del año pasado sufrió, durante dos minutos que nos parecieron eternos, un terremoto de más de 8 grados en la llamada escala de Richter.

El sismo

Fue como si un arcángel airado, terrible —más que los ángeles de Rilke hubiera en tan solo un centenar de segundos arrasado los soberbios edificios y la torpe estructura material y social sobre la que se sostenían. El símil sólo es comprensible, tal vez, para poetas y unívocamente, para algunos teólogos que puedan haber conservado su fe.

Hasta los más escépticos y positivistas de los primeros comentaristas *medium* se preguntaron por los signos. Entre los centenares de edificios derrumbados se iban presentando: las dos procuradurías de Justicia, los tribunales, el Centro Médico, la sede de Televisa (a la que llaman el segundo poder en México), las oficinas del arzobispo, bancos, Nacional Financiera, Tlaltelolco, el Hotel Regis... y, también, el módulo de telecomunicaciones... todas las potestades derruidas.

Durante muchas horas la ciudad de México quedó totalmente aislada del resto del mundo. En algunas ciudades europeas —Madrid, por ejemplo— se le dio por desaparecida, borrada ya del mapa.

Pasará mucho tiempo antes de que pueda calcularse —no es materia contable y va más allá de cualquier estadística— el peso del dolor humano: los muertos, los heridos, la angustia prolongada durante días de los que quedaron atrapados, y tantas otras pesadumbres.

El pueblo

Un día después del terremoto, precediendo a cualquier ayuda externa llegaron los corresponsales extranjeros. Muchos esperaban

encontrar sólo ruinas, caos y un generalizado saqueo.

Dos norteamericanos y un francés no pudieron evitar su asombro. Su sorpresa había sido encontrar todo lo contrario de lo que pensaban. La reacción de la población era lo opuesto de lo que podría esperarse en cualquier otra gran ciudad.

Por lo menos durante ochenta horas el protagonista principal del salvamento y la ayuda fue el propio pueblo. Fueron los vecinos o los compañeros de trabajo, o simplemente transeúntes que pasaban por los lugares desastrosos y querían ayudar, quienes formaron brigadas y llegaron a hacerse *topos* para auxiliar y rescatar a las víctimas.

A lo largo de muchas horas —que podían significar muchas vidas— y en tanto que se organizaba la ayuda oficial, esas brigadas que se autodirigieron y surgieron en casi todos los sectores y niveles de la población mantuvieron a la ciudad en pie e hicieron de la misericordia una tarea activísima, a costa, muchas veces, de su integridad física y de su propia vida.

La generosidad colectiva fue tan abrumadora que convirtió ciertamente en excepcionales los actos y decisiones de miseria humana que trataban de salvar la maquinaria o “poner en el aire” la señal de una empresa a costa de vidas humanas, y hubo también la de los funcionarios mayores o menores que lucraban con el dolor de los familiares de los muertos y pedían dinero para acelerar los trámites.

¿Estuvo Dios ausente?

Apenas ahora tenemos una mínima distancia del desastre que nos permite evaluar y prever algunas posibles consecuencias.

Han hablado sismólogos y geólogos (Richter, el inventor de la ominosa escala para medir la intensidad de los sismos murió en un hospital de California frente a un aparato de televisión, viendo las tomas de la ciudad de México).

Especialistas en cuestiones económicas y sociales han predicho ya costos financieros, políticos y sociales del sismo de septiembre.

Un profesor de ciencias de la comunicación se atrevió a estudiar las consecuencias del sismo desde diversos puntos de vista, destacando desde luego el de la comunicación humana. Cuando dio a conocer su estudio a quien esto escribe, le preocupaba, particularmente —dado que en muchas formas el pueblo mexicano es profundamente religioso— el punto de vista que él llamaba teológico ¿estuvo Dios ausente? Los viejos teólogos considerarían la pre-

gunta como mala teología. Hubo sin embargo sacerdotes sumamente temerosos que quisieron quitarle a Dios toda responsabilidad y llegaron a afirmar en algún comentario dominical que “Dios no tuvo nada que ver con el sismo. Es un fenómeno natural”.

Otros por el contrario —de la vieja escuela— hablaron y clamaron “castigo de Dios”.

Más ponderado —lo único más o menos oficial que conocimos— fue un estudio de profesores de teología de la UIA que afrontaron el antiguo problema del mal y sobre todo del dolor en el inocente. El estudio recuerda el valor cristiano del sufrimiento y aclara, también, que los santos padres, los que escribieron en griego, cuando hablan de lo que muchos han llamado “castigo de Dios”, la palabra que usan no es castigo sino “*paideia*”, con todo el riquísimo significado que la palabra educación tiene para la cultura helénica, aplicada a los niños y en la que Jaeger basa toda la excelencia de lo que fue el genio de Grecia.

Junto con este profesor de Comunicación encontré un texto escrito hace más de dieciséis siglos por uno de estos Padres de la Iglesia, el cual contiene palabras e ideas que muchos cristianos mexicanos hubiesen querido escuchar durante los pasados meses.

Se trata de una homilía de San Juan Crisóstomo pronunciada en la semidestruida ciudad de Antioquía después de dos días seguidos de sismos.

Antioquía —sobre el río Orontes, en lo que hoy son los límites de Siria y Turquía— en el siglo IV de nuestra era se catalogaba como la tercera ciudad del Imperio Romano. Era sede de una floreciente comunidad cristiana y se le consideraba, en su parte pagana, como una de las ciudades de mayor libertinaje.

Juan, apodado Crisóstomo (en griego: “boca de oro”) vivió entre los años 347 y 407. Como Agustín de Hipona fue ordenado presbítero ya mayor, después —también como en el caso de San Agustín— de haber estudiado retórica, ejercido en el foro. Su obra ocupa varios volúmenes en la patrología de Migne. Años después de pronunciada esta homilía es —contra su voluntad— elevado a una alta dignidad eclesiástica en Constantinopla y más tarde desterrado por la claridad con que denunciaba la vida moral de la emperatriz Eudoxia. Murió en el destierro.

Transcrito sin ningún comentario intercalado, algunos párrafos de esa homilía.

Habla el Crisóstomo

Os decía ayer que de los terremotos salía un fruto grande. ¿Habéis

observado la benignidad del Señor al sacudir la ciudad y con eso afirmar los ánimos en la virtud? ¡Debilita a la ciudad y fortifica a las almas! ¡Mira su benevolencia! El conmovió un poco a la ciudad y la fortaleció para siempre! ¡El terremoto duró dos días, pero la piedad permanece perpetua! ¡Os dolísteis por un poco de tiempo, pero sin cesar ahondábais las raíces! ¡Yo sé bien que vuestra piedad se arraigó más aún con el temor de Dios! ¡Y aunque ya ha cesado el mal, pero el fruto permanece! ¡No habrá ya espinas que lo sofoquen ni lluvias excesivas que lo deslaven! ¡Bellamente os ha cultivado el temor! ¡Se ha convertido en aliado de mis palabras!³

¡Callado yo, dan voces los cimientos! Yo guardo silencio, pero el terremoto lanza una voz más penetrante que el toque de una trompeta, y dice: ¡Misericordioso y compasivo es el Señor: longánime y en gran manera misericordioso! Me acerqué, dice Él, pero no para sepultaros bajo la tierra, sino para daros mayores alientos. Esto dice el terremoto y esta voz es la que lanza: os he aterrorizado, pero no para entristeceros, sino para haceros más diligentes. Atended con empeño a la palabra. Como al discurso le faltaran fuerzas, dio clamores el castigo. Puesto que la enseñanza se cansó y fatigó, vínole como aliado el temor. Y éste dice: para hablaros estas cosas he venido por un poco de tiempo y hago lo que está de mi parte. Pero una vez que os haya puesto en apreturas, entonces dejaré de nuevo el lugar al discurso, a fin de que él no se canse. He encontrado piedras y espinas nacidas: purificaré el campo de siembra a fin de que el discurso con mano abundante derrame la simiente.⁴

¿Qué daño habéis recibido por HABEROS entristecido un poco de tiempo? ¡Os habéis hecho ángeles de hombre que érais! ¡Ya participáis de los cielos, si no por el lugar, sí por las costumbres! Y que esto no lo digo yo por adularos, lo atestiguan los hechos. Porque ¿qué os faltó en lo tocante a la penitencia? ¡Echásteis lejos la envidia, desterrásteis las bajas pasiones, plantásteis las virtudes, habéis pasado la noche íntegra en sagradas vigiliass con grande caridad y con inmenso fervor de espíritu! ¡Nadie se acuerda de la usura, nadie habla de la avaricia! ¡Ni solamente las manos están puras de pecado, sino que también irrita contra su prójimo! ¡nadie se encamina a los banquetes satánicos! ¡Llega la tarde y no se encuentran coros de donceles que vayan cantando los cantares del teatro! ¡Ciertamente hay coros, pero no de impiedad, sino de virtud! ¡Se oyen en la plaza cantos de himnos! ¡Y de los que permanecen en sus casas, unos cantan salmos, otros entonan himnos sagrados! ¡Llega la noche, y todos acuden a la iglesia! ¡al puerto sin olas, tranquilidad sin oleajes!

Pensaba yo que tras de uno o dos días se acabarían las vigiliass, cansados vuestros cuerpos. Pero veo que cuanto más se extienden las

³ San Juan Crisóstomo: *Obras Completas*, trad. y versión de Rafael Ramírez Torres, México, 1966.

⁴ *Ibid.*, p. 609.

vigilias tanto más aumenta el fervor de vuestro anhelo. Los que cantaban salmos se cansaron, pero vosotros varonilmente perseveráis. Los que salmodiaban se fatigaron, pero vosotros tenéis mayor fortaleza que ellos. ¿Dónde están ahora, pregunto yo, los ricos? ¡Aprendan de los pobres la moderación! ¡Duermen ellos, pero los pobres, puestos sobre el pavimento, no duermen, sino que a imitación de Pablo y Silas están de rodillas! La diferencia es que éstos cantaban salmos y con eso sacudían la cárcel, mientras que vosotros cantáis salmos y con eso afirmáis la ciudad sacudida. ¡Diversos y encontrados son los términos de ambas cosas, pero ambas se encaminan a la gloria de Dios!

Se abrieron los cielos y bajó la sentencia como una espada aguda, y la ciudad quedó por los suelos a causa de la ira indoblegable a las preces. Pero entonces no tuvimos necesidad sino de penitencia, lágrimas y llantos, y todo quedó resuelto. Dios dio la sentencia, pero nosotros aplacamos su ira. De manera que no erraría quien os llamara custodios y salvadores de la ciudad. ¿Dónde están los que gobiernan? ¿dónde los grandes salvadores? ¡Verdaderamente sois vosotros las torres defensoras de la ciudad y su seguridad y su muro! ¡Aquéllos la destruyeron por su maldad: vosotros, mediante vuestra virtud, la habéis vuelto a poner en pie!

Si preguntáis a alguno ¿por qué motivo la ciudad fue sacudida? Aunque él nada os responda, cosa clara es que fue por los pecados, por las avaricias, por las injusticias, por las ilegalidades, por las soberbias, por los perversos placeres, por las mentiras. ¿De quién? ¡De los ricos! Y si preguntáis a alguno ¿por qué medio se levantó la ciudad? Es cosa manifiesta que lo fue por el canto de salmos, por las oraciones, por las vigilias. ¿De quiénes? ¡De los pobres! Lo que sacudió a la ciudad fue cosa de aquéllos; lo que la puso en pie fue cosa vuestra: ¡de manera que vosotros os habéis hecho custodios y salvadores de la ciudad!⁵

Aquí y ahora

Tanto en Crisóstomo como en varios otros Padres la división ricos y pobres es tajante. En aquella Antioquía del siglo IV en la que coexistían, decíamos antes, un notorio libertinaje con un floreciente cristianismo, es de creerse que este segundo se daría fundamentalmente entre los pobres.

Entre nosotros y frente al sismo no podría con justicia mantenerse esa división radical de los comportamientos de pobres y de ricos y de una clase media no prevista en Antioquía. La reacción positiva fue en todos los niveles.

No hubo entre nosotros, decíamos también, ningún Crisóstomo

⁵ *Ibid.*, p. 610.

aunque aquí también, en muchas formas, en un tiempo de emergencia, el pueblo —no lo que se llama sociedad civil, ni el gobierno— se constituyó en custodio y en salvador de su ciudad.

Más allá de cualesquiera de las predicciones económicas, políticas, psicoanalíticas, arquitectónicas o de cualquier otra índole, la única afirmación segura hacia el futuro es en todos los terrenos que esta población habrá de comportarse de otra manera después del desastre de septiembre que por un momento le hizo patente dónde estaban los verdaderos cimientos de la ciudad y cuál es la realidad de su estructura.